

El cinematógrafo

Azorín

Edic. J. Payá y M. Rigual. Prólogo: Andrés Trapiello. Pre-Textos. 339 págs., 2.500 ptas.

SOBRE la necesidad de restaurar a Azorín en la lectura de los españoles, he escrito aquí ya alguna vez. El gran escritor de nuestra lengua, la aquietó tras los encrespamientos decimonónicos, apaciguó su sintaxis, enseñó propiedad léxica y buenos modales expresivos, y, mientras hacía estas cosas, instauró en sus lectores una nueva sensibilidad. Si quienes trazan planes pedagógicos empleando champán en vez de gaseosa fueran capaces de arrepentimiento, impondrían en la adolescencia su lectura. Empezando a leer seriamente por él, la tropa juvenil aprendería algo que, en general, no sabe: cómo es el idioma español.

Por no estimular a su lectura en las aulas o por los implacables vaivenes de la moda, la industria editorial apenas apuesta por sus libros. El autor de «Castilla» no parece tener hoy muchos devotos. Por ello, debería alegrar a quienes lo son la aparición de éste, que patrocina la Fundación Caja del Mediterráneo. Pero yo, a quien nadie gana en admirar al gran maestro, no siento ni frío ni calor ante este puñado de páginas, impresas para conmemorar el centenario de la cinematografía.

Se reúnen en ellas más de cien artículos publicados entre 1921 y 1964 en ABC, «La Prensa» de Buenos Aires y «Primer Plano», seguidos de dos guiones —guioncillos más bien— del propio Azorín. Gran parte de este material ya se había recogido en libro. Salvo cinco, esos artículos fueron escritos a partir de 1950; cuando lo escribía, el autor era ya muy setentón y su agotamiento resultaba palpable. Había salido alelado de la guerra. Lo visité en su casa y en vano intenté conversar con él: la impresión de sordomudez que producía era absoluta. Lo mismo contaban sus interlocutores de entonces; y los de antes. Se publicó una entrevista de Cela, que pareció cruel y sólo era fiel: todas las réplicas correspondientes al entrevistado consistían en puntos suspensivos. El laconismo de Azorín fue siempre proverbial, pero ¿tanto? Fue en esos años de mocedad aún no perdida cuando yo leía o intentaba leer los artículos que ahora salen en el tomo de Pre-Textos. Tenía —como ahora he tenido— que refugiarme en el gran Azorín de muchos lustros antes para mantener intacta mi admiración.

Al asombroso escritor le había dado desde 1950 por meterse en las salas de cine, y eso lo llenaba de orgullo: «He visto incontables películas, una o dos diarias durante los últimos cinco meses», escribía aquel año, en un articulillo que declaraba estar redactando bajo la impresión de un filme basado en los «Cuentos de la Alhambra», de W. Irving. Confesaba allí que le había cautivado —es la palabra que usa— «C. S., bonita, graciosa, simpática». C. S. es Carmen Sevilla, a la que, en crónica posterior, calificaba de «sin par». (Aurora Bautista también le parecía magnífica). Tan intensa aplicación al cine ofrece todos los síntomas de una manía senil, alentada por los empresarios de las salas madrileñas que le reservaban diariamente una butaca gratuita por si quería asistir.

El Azorín de antes, incansable lector, agudo exegeta de clásicos y modernos, a quien resulta difícil imaginar sin un libro en las manos, escribe ahora, en 1950, cuando le ha aquejado el artojo cinéfilo, estas palabras asombrosas: «Desde hace meses —creo que cuatro— dedico la mañana a la lectura —de ocho a una— y la tarde, desde las tres, al cine... No podré decir dónde encuentro mayor goce estético, si



«Azorín no parece tener hoy muchos devotos. Por ello, debería alegrar a quienes lo son la aparición de este libro. Pero yo, a quien nadie gana en admirar al maestro, no siento ni frío ni calor ante este puñado de páginas»

en el libro, si en la película. Temo declararme: no quiero escandalizar a nadie si digo que el goce, en la película, me llena más que el goce en el libro. He leído muchos libros, he estado leyendo desde hace setenta y tantos años; no es extraño que ahora me entregue a las películas. Dicen que el cine es el séptimo arte; yo digo —sin empacho— que es el primero».

No faltan otras declaraciones tan tajantes. Aquella, por ejemplo, en que proclama cómo la cultura del libro está en trance de ser arruinada por el cine. ¿Qué calamidades para ella no hubiera vaticinado, de haber previsto el auge imperial de la televisión? (Por cierto, habría acertado en el requiem). Todo en este arte supremo supera a lo alcanzado en la escena. Considerando, por ejemplo, la interpretación, ¿quién osará pensar que un actor o una actriz de teatro pueda llegar adonde han llegado «un Errol Flynn, un Gregory Peck, un Walter Pidgeon, una Greer Garson, una Barbara Stanwyck, una Lana Turner»? El arte no había alcanzado con su poder educador y estético a tanta cantidad de gente: lo que en el teatro era público es multitud en el cine. No sólo eso: éste posee una eficacia civilizadora mundial, puesto que en todos los países se exhiben los mismos modelos.

Salvo en pocos casos, Azorín, en estas páginas, habla mucho menos de cine que de

otras cosas, tratadas por el autor amena pero inconexamente, con finura y sabiduría, que no disimulan su naturaleza de mera divaga-

ción. Y sin embargo, es también cierto que algunos pasajes permiten vislumbrar por entre la niebla de los años al amado Azorín. Cuando compara el teatro con el cine, por ejemplo, o cuando defiende el doblaje frente a los puristas del sonido intangible, o cuando señala la influencia del filme en la novela, perceptible ya en Blasco Ibáñez, sólo cinco años después de su invención.

Con todo, el interés principal del libro reside en los cuatro artículos de los años veinte, en que Azorín llama la atención sobre la importancia que van a tener los filmes en la vida artística y social, frente a las opiniones, por ejemplo, de Anatole France o de Pío Baroja, tan despectivas. Llega a mucho más: en un artículo de 1928 sostiene que el cine tendrá que emanciparse de la literatura, de la cual se ha nutrido hasta entonces. «El cinematógrafo debe vivir por su cuenta», afirma; «su vida debe marchar independientemente del arte literario». Chaplín, un Molière moderno en su opinión, está demostrando cómo ello es posible.

Cree que el cine vivificará el arte escénico, y afirma, ingenuo o anárquico, cuánto gozo debe inspirar la destrucción de teatros para edificar salas de cine, porque amplía la posibilidad de representar lo humano. En el teatro, que ha sido cartesiano, dice, hasta entonces, era imposible representar las fuerzas anímicas aún desconocidas, el subconsciente alumbrado por el psicoanálisis. El cine sí lo permite. Es curiosa esta temprana atracción de Azorín por Freud, coincidiendo, por cierto, con los Machado, que, por entonces, escribían y estrenaban «Las Adelfas», cuya trama se apoya explícitamente en las doctrinas del genial vienés.

Esta temprana adhesión de Azorín al arte cinematográfico es admirable: revela hasta qué punto estaba alerta su espíritu. Le complacía haber inventado el verbo «cinematografiar». Y hasta él mismo escribió —sin pena ni gloria— para la pantalla. Parece que pasado el momento inicial del descubrimiento, con lo que tenía también de polémico, su entusiasmo se apaciguó, para encrespase, como hemos dicho, desde 1950. De este año son estas palabras lúcidas: «No puede el escritor permanecer impasible a tan inmensa, variada y fecunda manifestación estética. El cine llega en su momento: «en» su tiempo y «para» su tiempo». Nos gustaría que explicara por qué, pero esperamos en vano. Ocurre en casi todos los artículos: destella un pensamiento, una idea feliz, tal vez fecunda; pero el autor toma otro rumbo, y se distrae, como aquí ocurre, por diversos meandros.

A su perspicacia para defender el arte nuevo no corresponden los argumentos desarrollados en la mayor parte de las páginas aquí reunidas, donde lo cinematográfico sirve de mero apoyo para divagaciones que decepcionan a quien busca el cine en ellas. Incluso, muchas veces, a quien busca a Azorín. Sus notas de estética fílmica —el espacio, lo particular en lo general, el gesto...— poco dirán al lector actual. Casi nada hay sobre la revolucionaria aparición del sonoro. Libro, en suma, no imprescindible, cuando queda tanto Azorín por alumbrar.

Fernando LÁZARO CARRETER
de la Real Academia Española